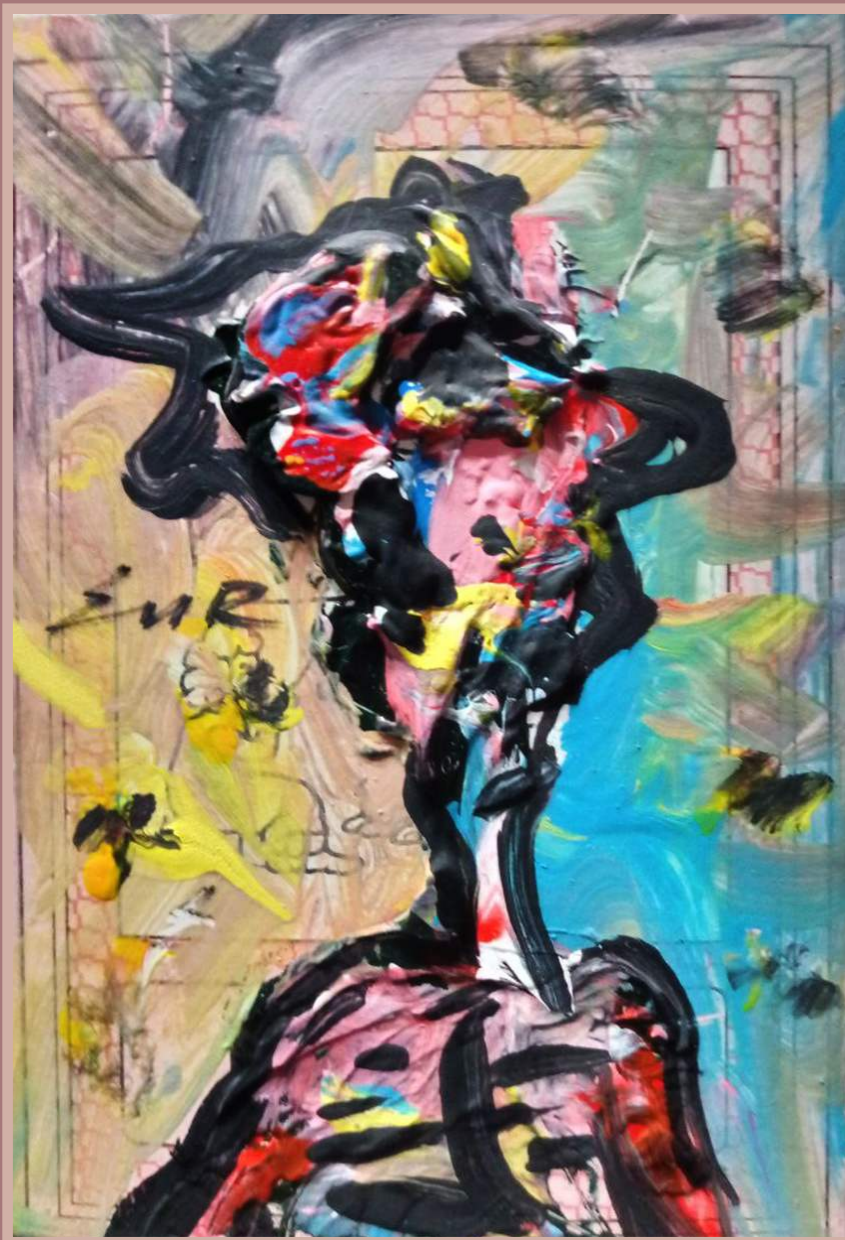


Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 28 - n.º 30
e-ISSN: 2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Ender Rodríguez / De la serie *Bestiario*
2023 / acrílico sobre cartón / 11,5 x 7,5 cm

Dossier

“Corazón de zamuro en polvo”, “Caldo de estiércol de ratón”: La transcodificación de lo popular en *Colección de medicamentos indígenas*, de Gerónimo Pompa

“Powdered Vulture Heart”, “Mouse Dung Broth”: The transcoding of popular knowledge in *Colección de medicamentos indígenas* by Gerónimo Pompa

“Cœur de vautour en poudre”, “Bouillon de crottes de souris”: Le transcodage du populaire dans la *Colección de medicamentos indígenas* de Gerónimo Pompa

Recibido 07-09-23

Aceptado 11-10-23

Diego Rojas Ajmad¹

Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela

drojasaj@ucab.edu.ve

Resumen: Este trabajo se propone la relectura de *Colección de medicamentos indígenas* (1851), de Gerónimo Pompa (1810-1880), considerado uno de los éxitos editoriales más longevos en la historia editorial de Venezuela. En este sentido, leemos el texto desde sus relaciones con los discursos científicos, populares, culturales y religiosos de mediados del ochocientos venezolano. Para ello, se reinserta el texto en su contexto de origen y se establecen los significados y las estrategias discursivas emprendidas por el autor para conformar, en su momento, una nueva representación de lo popular y de *lo otro*, ensanchando así la idea de nación. Empleando el término de «transcodificación», tomado de la teoría de los polisistemas, intentaremos comprender las formas de traducción de lo popular a lo letrado realizada por Pompa. Como conclusión, demostramos que el discurso de la medicina tradicional y popular empleado por Pompa sirve de estrategia que tuvo por objetivo reorganizar el mapa de la representación de lo popular en la Venezuela de mediados del siglo XIX, ofreciendo nuevas lecturas de lo social y ensanchando la cuota de participación de la nación. Así, proponemos a *Colección de medicamentos indígenas* como un antecedente que debe ser tomado en cuenta a la hora de emprender estudios acerca de lo popular y los imaginarios de la nación durante el siglo XIX.

1. Doctor en Letras. Entre sus libros se cuentan: *Mundos de tinta y papel: La cultura del libro en la Venezuela colonial* (USB / Editorial Equinoccio, 2007), *Estampitas merideñas* (Instituto Merideño de la Cultura, 2010), *Revista Válvula: Edición facsimilar* (ULA, 2011), *Estampitas guayanesas* (UNEG, 2016), *Para una historia literaria desde la complejidad: La historiografía de la literatura venezolana y sus tramas* (Editorial Académica Española, 2017), y *Posciudades: Manual de uso para ciudadanos nostálgicos y esquizofrénicos* (UCV, 2017), entre otros. ORCID: 0000-0001-5601-2383



¿Cómo citar?
Rojas, D. “Corazón de zamuro en polvo”, “Caldo de estiércol de ratón”: La transcodificación de lo popular en *Colección de medicamentos indígenas*, de Gerónimo Pompa”. *Contexto*, vol. 28, n.º 30, 2024, pp. 95-113.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ
TACHIRA VENEZUELA

Palabras claves: Gerónimo Pompa; representaciones de lo popular; imaginarios; medicina popular; folclore.

Abstract: This paper proposes a re-reading of *Colección de medicamentos indígenas* (1851), by Gerónimo Pompa (1810-1880), considered one of the longest-running publishing successes in the publishing history of Venezuela. In this sense, we read the text from its relations with the scientific, popular, cultural and religious discourses of the mid-eighteenth Venezuelan. For this, the text is re-inserted in its original context and the meanings and discursive strategies undertaken by the author are established to shape, at the time, a new representation of popular knowledge and the *otherness*, thus broadening the idea of "nation". Using the term «transcoding», taken from the Polysystem Theory, we will try to understand the forms of translation from common or popular knowledge to literate knowledge carried out by Pompa. In conclusion, we show that the discourse of traditional and popular medicine used by Pompa serves as a strategy that aimed to reorganize the map of the representation of popular knowledge in Venezuela in the mid-nineteenth century, offering new readings of the social and widening the quota of nation's participation. Thus, we propose the *Colección de medicamentos indígenas* as a precedent that must be taken into account when undertaking studies about popular knowledge and the imaginaries of nation during the 19th century.

Keywords: Gerónimo Pompa; representations of popular knowledge; imaginary; folk medicine; folklore.

Résumé: Cet article propose une relecture de *Colección de medicamentos indígenas* (1851), de Gerónimo Pompa (1810-1880), considéré comme l'un des succès éditoriaux les plus durables de l'histoire de l'édition vénézuélienne. En ce sens, nous lisons le texte à partir de sa relation avec les discours scientifiques, populaires, culturels et religieux du milieu du XVIIIe siècle au Venezuela. À cette fin, le texte est réinséré dans son contexte d'origine et dans les significations et stratégies discursives entreprises par l'auteur pour façonner, à l'époque, une nouvelle représentation du populaire et de l'autre, élargissant ainsi l'idée de nation. En utilisant le terme de "transcodage", emprunté à la théorie des polysystèmes, nous essaierons de comprendre comment Pompa traduit le populaire en lettré. En conclusion, nous démontrons que le discours de la médecine traditionnelle et populaire employé par Pompa sert de stratégie visant à réorganiser la carte de la représentation du populaire dans le Venezuela du milieu du XIXe siècle, en offrant de nouvelles lectures du social et en élargissant la part de participation de la nation. Ainsi, nous proposons la *Colección de medicamentos indígenas* comme un précédent à prendre en compte dans les études sur le populaire et les imaginaires de la nation au XIXe siècle.

Mots-clés: Gerónimo Pompa; représentations du populaire; imaginaires; médecine populaire; folklore.

Cierta leyenda del sector editorial venezolano afirma, sin datos fehacientes para asegurarlo del todo, que el *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos* (1854), de Manuel Antonio Carreño, junto al *Almanaque para todos* (1871), de Rojas Hermanos, el *Repertorio poético* (ca. 1950), de Luis Edgardo Ramírez, la serie de libros de metafísica publicada por Conny Méndez durante la década de los setenta, y *Mi cocina* (1980), de Armando Scanonne, son las obras que mayor cantidad de reediciones y ventas han tenido a lo largo de la historia de la impresión en nuestro país. A ese selecto grupo de *long-sellers* criollos se suma el libro *Colección de medicamentos indígenas*, de Gerónimo Pompa (1810-1880).²

Con más de sesenta ediciones en su haber, con impresiones en España, Panamá, Estados Unidos, México, Argentina, entre otros países, el libro de Pompa ha logrado insertarse en el imaginario nacional y en las prácticas de lectura de amplios y variados sectores de la sociedad hispanoamericana como un manual de consulta para enfrentar enfermedades y dolencias a partir de remedios naturales. Fue impreso por primera vez en Caracas el año de 1851, con pie de imprenta de Tomás Antero,³ y su título completo es *Colección de medicamentos indígenas y sus aplicaciones, extraídas de los reinos vegetal, mineral y animal, por varios autores, sistema Gerónimo Pompa*.⁴

¿Cuál es el secreto del éxito de este libro de Pompa? ¿Cómo entender la fascinación que ha ejercido por más de siglo y medio y que pareciera continuar cada vez con mayor fuerza y ahínco?

Quizás la respuesta más obvia a esa pregunta sea que *Colección de medicamentos indígenas* brinda la posibilidad de la automedicación, de la cura por los propios medios y recursos, práctica que prospera usualmente en los contextos donde los sistemas de salud pública son deficientes o inexistentes, los profesionales de la medicina son escasos y los medicamentos difíciles de adquirir por sus elevados costos. Esa misma era la condición de la sanidad en la Venezuela de la primera mitad del siglo XIX.

2. Los datos biográficos de Gerónimo Pompa que empleamos para este trabajo fueron tomados del *Diccionario de Historia de Venezuela*, de la Fundación Polar. Sospechamos que lo allí afirmado no es del todo cierto, sobre todo en lo referente a las fechas de nacimiento y muerte, además de los nombres y oficios de sus padres, entre otros. Esta es una tarea de rectificación por emprender.

Valga la ocasión para señalar la ausencia de estudios biográficos sobre Tomás Antero y su labor de editor e impresor en la Venezuela de la primera mitad del siglo XIX. Al respecto, véase “La vida trasapelada de Tomás Antero”, de D. Rojas Ajmad.

3. El *Diccionario de Historia de Venezuela* de la Fundación Polar afirma, en la entrada a la biografía de Gerónimo Pompa, que la «primera edición salió de la imprenta de J. A. Segrestáa de Puerto Cabello (1868)». Sin embargo, y apoyados en la información suministrada por Mirla Alcibiades, reiteramos el año de 1851 y la imprenta de Tomás Antero como los datos correctos. Alcibiades (p. 137) indica además que en agosto de 1855 fue impresa la segunda edición de *Colección de medicamentos indígenas*. La Librería Rojas hermanos anunció la 7.ª edición ya para 1884.

4. Es posible que, en épocas más recientes, durante la segunda mitad del siglo XX, el incentivo de los lectores por esta obra de Pompa estuviese animada más por los nuevos discursos de lo natural y lo saludable, que van en marcha contraria a los postulados de la medicina tecnológica y química. Ese nuevo horizonte de comprensión quizás haga que *Colección de medicamentos indígenas* siga siendo del interés del público contemporáneo.

En 1800, por ejemplo, en una ciudad como Caracas, cuya población alcanzaba los cuarenta mil habitantes, existían apenas cuatro pequeños hospitales, con «4 doctores titulares, 6 licenciados, 13 cirujanos romancistas⁶ y 2 curiosos mulatos» (Archila, *Historia de la sanidad en Venezuela*, p. 25). La situación en el resto del país no era muy distinta y la queja por la ausencia de médicos y por la falta de asignación de presupuesto para atender la salud pública era frecuente.

Elías Pino Iturrieta recoge algunas de esas manifestaciones de preocupación y denuncia por la situación de indefensión de las comunidades ante las enfermedades: los concejales de Apure, en 1832, se quejaban de «la falta de medicina y de profesores que la apliquen»; en Maracaibo, en 1833, clamaban por «la necesidad de buscar curiosos en las artes medicinales, para cumplir la obligación nacida de la dificultad de encontrar un solo facultativo que ayude a la población más miserable y necesitada»; en Trujillo, en 1846, se decía que «no hay en toda la provincia un profesor a quien ocurrir en los casos desgraciados de enfermedades graves» (Pino Iturrieta, *País archipiélago...*, pp. 287-290). Las mismas preocupaciones y denuncias se repetirán en Calabozo, San Fernando, El Pao, Barinas, y en variadas zonas del país, precisamente en los años próximos a la publicación del libro de Pompa.

Esta situación, según Ricardo Archila, no fue exclusiva de la república recién nacida en 1830, como una lógica consecuencia de la devastación económica que supuso la guerra de Independencia, sino que, en realidad, tuvo un antecedente mucho más remoto que provino desde los primeros años de la conquista y la colonia:

Es posible que la pobreza de la nueva colonia no cautivase a los profesionales de calidad de la península o que la incitación a la aventura atrajese más bien a intrusos y prácticos que se hicieron pasar por médicos, pero, sea como fuere, el ejercicio de la profesión médica empezó a desenvolverse bajo signos negativos, lo cual explica que muy pronto, debido a tales factores y a la escasez de verdaderos titulares, la medicina científica se viera ahogada por la preponderancia del curanderismo [...]. Nuestra medicina colonial [...] fue pobre y atrasada (Archila, *Historia de la sanidad en Venezuela*, p. 19).

6. Se llamaban «cirujanos romancistas» a los que no poseían título ni formación profesional alguna. Los «cirujanos latinos», en cambio, tenían preparación universitaria (Archila, *Historia de la sanidad en Venezuela*, p. 21). Esta diferencia se entiende mejor si recordamos que el latín, desde el medioevo, era la lengua de la enseñanza y el conocimiento. El que aprende fuera de la universidad, en la calle y en la práctica, lo hace desde su lengua romance. De allí lo de «cirujano romancista».

Aunque con anterioridad hubo algunos intentos por crear en el país sistemas e instituciones de salud pública que atendieran a la población —como el Protomedicato, decretado por Real Cédula en 1777, la fundación de hospitales hospicios y de boticas durante el siglo XVII y XVIII, la Junta Central de la Vacuna en 1804, la Facultad Médica en 1827, o las Medicaturas de Sanidad de los puertos en 1834 (ver Archila, *Historia de la sanidad en Venezuela*, e *Historia de la medicina en Venezuela*)—, en realidad, será a partir de la década de los 40 del siglo XIX cuando arraigue en la opinión pública una fuerte conciencia de la sanidad colectiva.

Mirla Alcibíades propone la hipótesis de que esta conciencia de la salud pública se originó como consecuencia del aumento desproporcionado de casos de epidemias que asolaron al país durante la primera mitad del siglo XIX (p. 131). La presencia de cólera, fiebre amarilla, tifus, malaria, viruela, sarampión, fiebre tifoidea, lepra, elefantiasis, disentería y reumatismo, en grandes sectores de la población a lo largo y ancho del territorio, con innumerables fallecidos, modeló el discurso sanitario hacia la búsqueda de soluciones a tan nefasto problema, dirigiendo ahora sus miras hacia el cuidado del cuerpo, la vigilancia de las condiciones higiénicas públicas y privadas, y la exigencia de mayor presupuesto y acción gubernamental en materia de salud. Por estas razones, y ante la necesidad de crear un sistema público de salud eficaz, se estableció en la década de los 50 la cátedra de Higiene en los colegios nacionales, se instaló, el 30 de marzo de 1850, la Sociedad de Instrucción Médica de Caracas, y se inició, en 1857, el periodismo médico con la aparición de *El Naturalista*, dirigido por Gerónimo E. Blanco (Alcibíades, p. 139).

No solo en esos hechos es posible evidenciar la conformación de una conciencia general por la salud pública. Esto también puede comprobarse con la aparición y aumento de la publicidad concerniente a medicamentos, como píldoras, ungüentos, jarabes, elixires..., que comenzaban a poblar las páginas de las publicaciones periódicas de aquel entonces con innumerables ofertas y promesas de cura inmediata,⁷ y en la creación de publicaciones especializadas en la higiene

7. «Las píldoras antibiliosas sanativas son preparadas con el mayor esmero y exactitud y compuestas únicamente de vegetales, de modo que no contienen ninguna sustancia mineral ni metálica como mercurio, antimonio u otras drogas nocivas para la salud. Estas píldoras ya bien conocidas en la República han sido usadas en casi todas las enfermedades a que está sujeto el cuerpo humano como indigestiones, dolores de cabeza, catarros, las diversas clases de calentura, asma, reumatismo, enfermedades nerviosas, obstrucciones, histérico, lombrices, disentería, tumores, heridas inveteradas, erupciones en la cutis. &c. &c. Cada cajita está acompañada de una receta, indicando el modo de usar las píldoras. Depósitos de estas píldoras se hallan En Caracas, en casa del sr. Guillermo Sturup. En Valencia, en casa de los Sres. Sturup, Heide y Schibbye. En Puerto Cabello, en casa de los Sres. Sturup y Heide». («Píldoras antibiliosas sanativas de Sturup y Heyde», p.1).

personal o la inclusión de apartados de ese tenor en manuales o textos didácticos, como en el conocido Manual de Carreño.⁸ La Colección de medicamentos indígenas, de Gerónimo Pompa, surgió en ese contexto.⁹

En las páginas preliminares de Colección de medicamentos indígenas encontramos a un sujeto de la enunciación que se propone construir su escenario y define los puntos de vista desde los cuales habla. Allí, Pompa, entre otras funciones, se asume como una suerte de cronista que busca preservar la cultura indígena y popular ante el paso del tiempo de la modernización:

Más de una vez, en las épocas tranquilas de la República desde 1821, en los favorables períodos de su marcha progresiva (que han sido pocos y de corta duración), he lamentado que el gobierno de mi patria no hubiese pensado en la conveniencia de que los gobernadores de las provincias hiciesen recoger en ellas los preciosos específicos con que los indígenas nos han asombrado tantas veces en sus aplicaciones a las más graves y desesperadas dolencias, con mengua de la ciencia trasportada a estas regiones de la culta Europa. Semejante medida habría sin duda impedido que a la desaparición de aquella raza naturalmente reservada para transmitir los frutos de su instinto médico y los experimentos obtenidos a otros que a sus hijos, se llevase al sepulcro unos conocimientos que yo me atrevería a llamar tesoros inapreciables (Pompa, p. v).

Por otra parte, además de cronista o etnógrafo de esos «tesoros inapreciables» que corren riesgo de desaparición, Pompa adopta la función de defensor de ese saber popular ante la creciente consolidación del discurso científico como voz de autoridad que se imponía sobre las prácticas de esa otra medicina:

Tócame suplicar a los que tengan la bondad de leer la presente obra, que no se sorprendan con la descripción de algunos de los medicamentos apuntados en ella estimándolos como fabulosos e infieles. Preciso es que se reflexione antes de fallar, que son impenetrables los secretos de la naturaleza, y que es necesario respetar los hechos y someter, ante los

8. «El aseo contribuye poderosamente a la conservación de la salud, porque mantiene siempre en estado de pureza el aire que respiramos, y porque despojando nuestra cutis de toda parte extraña que embarace la transpiración, favorece la evaporación de los malos humores, causa y fomento de un gran número de nuestras enfermedades» (Carreño, "Capítulo II: Del Aseo", p. 67).

9. Este tipo de publicación, que recoge los usos medicinales de las plantas americanas, no es primicia ni exclusividad de Pompa. Ya desde 1574, el médico sevillano Nicolás Monardes hizo lo propio y publicó ese año su famosa *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*. En Hispanoamérica encontramos también textos como *El médico botánico criollo*, de Renato de Grosourdy, quien en 1864 compiló la flora médica y útil de las Antillas; el *Compendio de botánica elemental* (1891), del bogotano C. Hurtado; *La terapéutica y la flora americana* (1893), del venezolano Francisco Rísquez; *Las maravillas de la medicina: La herbolaria mexicana* (1898), de Antonio Rojas de Atizapán, entre muchos otros. En Venezuela, y antes de Pompa, trabajos de este tipo ya habían sido emprendidos por José María Vargas y Benítez.

resultados, las vanas teorías y las opiniones que tiendan a pugnar con la reina de la sabiduría, la poderosa e invencible experiencia [...]. Tócales a los profesores de la ciencia médica hacer estas averiguaciones; tócales examinar las virtudes de los medicamentos que les presento, y en fin, les toca ofrecernos otros si ellos no son exactos, si ellos no producen los beneficios que yo me he propuesto, si ellos difieren de los resultados que yo he alcanzado en los que he tenido la ocasión de examinar (Pompa, p. VII).

¿Cuáles son esos medicamentos recogidos por Pompa que podrían sorprender a los lectores venezolanos de mediados del siglo XIX y que tal vez fuesen calificados como «fabulosos e infieles»? Transcribamos algunas recetas de las incluidas en *Colección de medicamentos indígenas* e intentemos imaginar el asombro de aquellos lectores:

Ratón. El estiércol pulverizado y puesto en dosis de una dracma en caldo, que se tomará por tres mañanas seguidas, cura a los que se orinan en la cama: también es bueno comer la carne horneada o guisada. Una dracma de dichos polvos en cocimiento de llantén se receta para los esputos de sangre. El estiércol expresado es un astringente de los más eficaces (Pompa, p. 104).

Sapo. Los huesos de este animal, disecados y puestos al cuello de los niños, les facilita la dentición, libertándolos de los funestos padecimientos que regularmente experimentan en tan peligroso período de la vida. Tomándose un sapo vivo y pasándose la barriga por sobre cualquiera inflamación odontológica erisipelatosa y otras, cede prontamente, dejando de un color rosado subido la epidermis del animal, el cual muere poco tiempo después. Es bueno también para curar las escrófulas, cubrir el tumor o tumores con la piel de la barriga, tomando al mismo tiempo los correspondientes evacuantes. Dicha piel se remuda cada vez que se seque demasiado (Pompa, p. 112).

Zamuro. El tuétano que se extrae de la canilla de este volátil se aplica en una mechita a cualquiera fístula y se curará en cuatro o seis días. El corazón, puesto por veinticuatro horas en infusión de aguardiente, y tomado diariamente por el enviciado en la bebida, hará que la aborrezca. Del corazón y entrañas horneadas y pulverizadas, se aplica el polvo en dosis de una cucharillita en agua de cardosanto o en vino blanco para curar la epilepsia. Debe tomarse en la menguante de la luna. El hueso de la canilla del que llaman Rey de los zamuros se corta en pedacitos, como de una pulgada, y se ensartan estos en un cordón para ponerlos en la cintura del que padezca de almorranas, y para curar el asma o ahogo (Pompa, pp. 110-111).

No son los únicos componentes que aparecen en el libro que pudiesen causar asombro y extrañeza a los lectores de ayer y de hoy. Orines, moscas, hormigas, grillos, lombrices, cucarachas, manatíes, tigres, culebras, testículos de caballo, huevos de lechuza, sangre de morrocoy, así como la bosta de vaca, el estiércol de cerdo, de paloma, de gallina y de perro, entre otros, conviven con amuletos, bebidas,

frutos, plantas y minerales para componer más de cuatrocientas entradas, ordenadas alfabéticamente, y que prometen ofrecer cura a las dolencias más usuales de aquel entonces.

Insistimos en la advertencia al lector hecha por Pompa, pues ella podría servirnos de indicio para reconstruir el lugar de enunciación de *Colección de medicamentos indígenas*. ¿A qué tipo de lector podría asombrar con sus medicamentos? ¿Desde cuál sistema de salud habla y hacia quién se dirige? Para responder estas interrogantes, debemos antes entender que un sistema de salud no es simplemente un conjunto homogéneo de instituciones y terapéuticas, sino, como lo llegó a definir Jacqueline Clarac de Briceño, «una combinación de conocimientos, creencias, ideas, valores, símbolos, costumbres, roles, actitudes, ritos, normas, prácticas y técnicas alrededor del fenómeno enfermedad, que forman un sistema de relaciones, las cuales se confirman y refuerzan mutuamente» (p. 61).

Visto así, un sistema de salud está íntimamente imbricado a las prácticas y representaciones de la cultura de cada grupo social, a sus mentalidades, y ello hace que, en el caso venezolano, que es en esencia una sociedad pluriétnica, podamos hablar al menos de tres sistemas de salud predominantes que se superponen y se construyen sobre la base de esas culturas: el popular, el tradicional y el científico, cada uno representativo de una mentalidad de un grupo social en particular. La representación de cada uno de estos sistemas construye la concepción de sus propias enfermedades, sus causas y tratamientos, la identidad de sus médicos y los límites de sus «artes». Clarac de Briceño (2011) describe cada uno de estos tres sistemas de salud en su libro *La enfermedad como lenguaje en Venezuela*, específicamente en la parte I, capítulo 5: «Medicina popular y sistemas de salud en Venezuela» (pp. 61-73).

El discurso «popular» de la salud entiende las dolencias del cuerpo desde causas de origen sobrenatural, como un castigo que se padece por no acatar los preceptos de la religión y cuyos efectos podían aliviarse con la intermediación de la divinidad a través de rezos, plegarias, amuletos y ofrendas a los respectivos dioses, o bien directamente por el enfermo o a través de rezanderos, hechiceros, espiritistas o sacerdotes.¹⁰ Es una visión animista del contagio que entiende la enfermedad como un espíritu que debe ser expulsado del interior del cuerpo. Esta forma de terapéutica celestial la podemos encontrar en los *tarén*, ensalmos o invocaciones mágicas indígenas, o en el ejemplo de fray Juan Antonio Navarrete, de 1787, empleada para combatir las calenturas y las lombrices con las llamadas cédulas o rezos:

10. «Toda enfermedad del cuerpo proviene necesariamente de la enfermedad espiritual del alma: porque es proposición bien católica, que si no hubiera habido pecado en el mundo, tampoco hubiera enfermedades, que no son otra cosa que castigos del pecado de nuestro primer Padre y de los nuestros propios [...]; de aquí es que toda enfermedad es castigo y efecto del pecado» (Navarrete, p. 365).

Además de lo apuntado supra nº 13, quiero brindar aquí la Cédula para calenturas de este nuestro Santo y prodigioso Patriarca, que así como la Cédula de San Antonio para lombrices, como la apunto al fin fol. 402, hace maravillas notorias y continuas en los niños, como yo lo he experimentado cuando la he echado; del mismo modo esta Cédula de Nuestro Padre Santo Domingo, para calenturas. Y yo mismo soy el testigo en esto, pues siendo niño como de trece o catorce años, estando casi desahuciado de calenturas, me trajeron unos Santos Religiosos de mi Padre Santo Domingo, que me echaron esta Cédula y hasta hoy que tengo 53 años de edad, aunque estoy en la religión de mi Padre San Francisco me acuerdo y lo conozco y confieso, que mi Padre Santo Domingo me favoreció entonces y me sanó. Y quiero y deseo en agradecimiento a este beneficio, que todos los enfermos de calenturas ocurran al remedio y medicina de esta Cédula, invocando con Fe el patrocinio del Santo. Y para esto pongo aquí su letra [...] (Navarrete, p. 231).

El discurso de representación «tradicional» de la salud, por su parte, tiene al curandero o yerbatero como su sujeto médico representativo y construye la idea de enfermedad como la introducción de un cuerpo natural extraño que origina un desequilibrio biológico en el paciente. Este cuerpo extraño (parásito) puede ser expulsado por medio de brebajes. Es una práctica y saber formados fundamentalmente de la experiencia rural, alimentados de los saberes indígenas, africanos y campesinos españoles. La enfermedad, para el médico «tradicional», puede y debe tratarse desde sus causas, y no solo desde el alivio de sus síntomas, y ello se consigue con elementos encontrados en la naturaleza misma.

Por último, el discurso «científico» de la salud, que enfatiza el uso de medicamentos químicos y cuyo fin consiste en recuperar la salud perdida, sin importar las causas. Sus prácticas y concepciones están fundadas en la razón y la experimentación del saber occidental.

Estos tres tipos de discursos sobre la salud (el popular, el tradicional y el científico) se encuentran representados en la literatura venezolana del criollismo de forma esquemática y, usualmente, con el fin de reforzar la crítica hacia la barbarie y el atraso del campo. Por poner un ejemplo, en *Peonía* (1890), la novela criollista de Manuel Vicente Romerogarcía, se menciona el libro de Pompa como centro legitimador del saber popular del Tío Pedro, sujeto bárbaro y retrógrado que se burla de los médicos científicos y sus quehaceres:

En una tabla pequeña, sostenida por dos estacas, había una horrible confusión de frascos de todos tamaños, formas y colores; paquetitos de papel, manojos de hierbas, cajas de píldoras, botellas, papeletas; era todo una botica en miniatura, desordenada y sucia. Mi tío se puso los anteojos y se comenzó a deletrear los rótulos.

Sem... esto es purgante; *zarzaparrilla...* para el reumatismo; *sal de higuera...* purgante; *goma arábica...* fresco; *linaza...* para cataplasmas; *cebadilla...* para gusanos; *alumbre en polvo...* esta es la gente; alumbre en polvo...

Y al tomar el paquete volaron dos enormes cucarachas, que habían anidado en los dobleces del papel. Cerró la puerta tras sí y se fue murmurando:

—Ya usted verá si soy médico; yo no comprendo para qué sirven los tales doctores, cuando uno tiene sus remedios y un libro de medicina casera.

[...]

—Todavía tiene la hemorragia.

—¿No sirvió el alumbre?

—No, volvamos a la botica.

Y al llegar a la tabla volvió a deletrear:

—Mostaza... para sinapismo; tintura de clavos... par los dolores de muela; agua sedativa... para los dolores de cabeza; jengibre... escorsonera... percloruro de hierro... esto es... esto se pone para estancar la sangre de las sanguijuelas...

Y salió precipitadamente:

—Ahora sí que es verdad.

Diez minutos después volvió a la botica.

—No sé qué tengo esta noche —murmuraba—; no atino... yo, que no las pelo... a ver... azafrán... valeriana... ruibargo, éter, láudano, trementina, tintura de yodo... esto debe ser bueno.

Y se disparó con el frasco en la mano.

Pero estaba escrito que mi tío Pedro no debía atinar aquella noche, pues a pocas vueltas estaba otra vez en el comedor con la vela en la mano.

—¿No se contiene la hemorragia?

—No, hombre; ¡qué se va a contener! A ver, Luisa; busca el libro de Medicina casera, de Pompa.

Luisa anduvo su cuarto de hora largo registrando cajones, baúles, armarios; revolvía toda la casa.

Mi tío, impaciente, nervioso, iba y venía de la alcoba al corredor; estaba, como aquel otro, de la rosa al céfiro.

—¡Qué jeringa! ¡Cuando uno busca las cosas no las halla! ¿Dónde estará ese libro? ¿lo hallaste Luisa?

—Sí, señor; aquí está.

—Ahora ligero, pues; eres una pereza.

Mi tío me dio el libro; busque en el índice el capítulo hemorragias, y diciendo:

—Página 84, comencé a buscarlo.

Pero nada; la página ochenta y cuatro no estaba por todo aquello.

—¿Cómo?, ¿qué tu tampoco sirves para nada? ¿No lo digo? Estos doctorcitos...

Y rectificué el índice.

—Página ochenta y cuatro; pero tío, si le faltan diez páginas al libro de la setenta y nueve a la ochenta y nueve.

—¡Acabáramos, carrizo!

Y arrojó el libro en el suelo (Romero García, citado por Academia Venezolana de la Lengua, pp. 107-109).

Sin embargo, decíamos que los discursos popular, tradicional y científico de la salud en la realidad no son absolutos ni excluyentes. Al contrario, pueden presentarse en diversas proporciones en un mismo sujeto, como en una suerte de

combinación o mezcla cuyos porcentajes determinarán la conformación de ese sistema de salud en particular. Por ejemplo, un médico científico de finales del XVIII y principios del XIX podía (y debía) combinar su saber científico con el discurso religioso.¹¹ También un médico-hechicero podía ejercer su práctica de rezos y amuletos con la ayuda de lo natural o un médico curandero apoyarse a su vez en lo científico.

En el contexto de carestías que ya hemos descrito, determinado por la poca cantidad y capacidad de los hospitales y el escaso número de profesionales, el médico titulado y el cirujano latino debían convivir con curanderos, sanadores, piaches, barberos, yerbateros, comadronas, cirujanos romancistas y sangradores en la labor por encontrar consuelo a los padecimientos del cuerpo. Tal repertorio de sujetos relacionados con la gestión de la salud no implicaba necesariamente una tajante división de terapéuticas o que entre ellos existiese una barrera infranqueable en la forma como entendían las enfermedades. Más que un sistema racional enfrentado a uno mítico y religioso, en realidad tanto a los médicos profesionales como a los tradicionales y populares los podían animar, indistintamente y en diversas proporciones, los tres discursos de representación antes descritos.¹² Un sistema de salud, entonces, y como ya hemos dicho, puede comprenderse desde la relación entre esos tres discursos.

Volvamos a las preguntas anteriores: ¿Cómo podríamos caracterizar el discurso de la representación médica presente en *Colección de medicamentos indígenas*, de Gerónimo Pompa? ¿Qué tanto de científico, de tradicional o de popular podemos encontrar en sus páginas?

11. El médico profesional, durante la colonia y parte de la república, estaba en la obligación de ejercer su arte con el estricto cumplimiento de la doctrina de la Iglesia, que le exigía atender primero en el paciente la fuente pecaminosa de su enfermedad, «so pena de perder el alma y el ejercicio de la profesión» (Pino Iturrieta y Quintero Montiel, p. 20).

12. Un ejemplo de este eclecticismo es el caso clínico de Alonso Briceño (1587-1668), teólogo, escritor, filósofo y decimotercer obispo de Venezuela. Residenciado en Trujillo, enfermó de paludismo y fue atendido por el licenciado Luis de Espinosa durante dos días, quien le suministró jugo de berro o mastuerzo, «palomas abiertas por el vientre y palpitantes aún sobre los estómagos y plantillas de piel de gato negro» (Fonseca, p. 57). Para reforzar el tratamiento, se le colgó del cuello un pedazo de dedo de San Francisco Solano y se le dio de beber agua con piedras bezoares (cálculos extraídos de animales) en taza de plata traída de Santa Fe de Bogotá especialmente para atender al obispo (Fonseca, p. 57). A pesar del poder y los privilegios que ostentaba el obispo Briceño, y además de haber sido atendido por un licenciado, estos aspectos no fueron suficientes para que sus dolencias fueran abordadas bajo un tratamiento estrictamente científico-racional. Esa mezcolanza de discursos científicos, religiosos-esotéricos y naturales en el ámbito de la salud es una muestra representativa de lo que estamos tratando de explicar.

En el prólogo de *Colección de medicamentos indígenas*, Pompa construye la genealogía de su labor al mencionar algunos textos y autores relacionados con la medicina natural, entre los cuales incluye a José María Benítez, profesor de Medicina, miembro de la Facultad Médica de Caracas, y a José María Vargas como dos antecedentes de labor etnobotánica en Venezuela y en cuya tradición Pompa desea verse emparentado.

Si revisamos el texto de José María Benítez, titulado *Principios para la materia médica del país en forma de diccionario* (1844), que guía a manera de gran hipotexto la obra de Pompa, podremos encontrar algunos detalles de gran significado.

A diferencia de Pompa, quien fue diputado y escritor,¹³ José María Benítez (1790-1855) se desempeñó como médico titulado de destacada actuación en la historia sanitaria del país.¹⁴ Ya desde los oficios y formación de cada uno, de Benítez y de Pompa, se nos presentan cualidades de enunciación importantes.

En primer lugar, el interés y la necesidad de construir y organizar el saber de la botánica venezolana en relación con los usos que puede brindar a la medicina es algo que sitúa a Benítez en el escenario del médico-curandero, en una suerte de mezcla entre la medicina científica y la tradicional. Así, Benítez emprende su labor de develar los secretos de la flora, con una actitud crítica hacia su saber científico, para ampliar con ello la mirada y construir el saber «médico vegetal del país»:

13. «Escritor y botánico. Hijo del coronel Gerónimo Pompa Lozano y padre de Elías Calixto Pompa. En su juventud, se ocupó de asuntos de índole económica, redactando un proyecto de ley para establecer en Venezuela un Instituto Industrial (1845). En 1850, escribió una «comedia sentimental» en verso, *El amor casado*, que fue representada en Caracas. Figuró entre los promotores del primer Ateneo de Caracas (1852) y en 1857 fue diputado por la provincia de Caracas. Pero lo que más le dio a conocer fue su recopilación de Medicamentos indígenas [...]. Las indicaciones que recogió Pompa sobre el uso de numerosas plantas venezolanas para la curación de enfermedades fueron el producto de una larga investigación sobre la farmacopea tradicional y su evolución empírica. El libro de Gerónimo Pompa lleva más de 50 ediciones hasta la fecha, constituyéndose en una de las obras más reeditadas en el país» («Gerónimo Pompa», *Diccionario de Historia de Venezuela*).

14. «Médico y botánico, que como sanitarista promovió métodos para evitar y combatir las epidemias de cólera. Hijo de Francisco Javier Benítez y de Rosa María de León. Cursó sus estudios primarios en la escuela parroquial de su pueblo natal [La Victoria, estado Aragua] (1797-1802). Se trasladó a Caracas e ingresó en la Real y Pontificia Universidad de Santa Rosa de Lima, hasta graduarse de bachiller en artes (17.2.1808) y maestro en artes (18.3.1810). Inició, luego, estudios de medicina bajo la tutela del protomédico José Joaquín Hernández, graduándose de bachiller en medicina en 1821. Realiza pasantías (1821-1824) con el médico Pedro Bárcenas en los hospitales de San Pablo Ermitaño, para hombres, y el de Nuestra Señora de la Caridad, para mujeres, ambos en Caracas. En octubre de 1824, el protomedicato de Caracas le confirió el título de licenciado en medicina, después de lo cual regresó a La Victoria para ejercer su profesión (1824-1855). Desde 1827 fue miembro de la Facultad Médica de Caracas, y socio correspondiente en La Victoria. En 1829 entró a formar parte de la Sociedad Económica de Amigos del País. Sanitarista de vocación,

Nuestra materia médica ha sido y es puramente europea, o puramente química, y solo algunas tradiciones de familia, algún secreto guardado con misterio entre los descendientes de los indígenas, o algunas observaciones hechas por los misioneros, es cuanto se sabe, o cuanto hay de la materia médica vegetal del país (Benítez, p. 5).

En el texto de Benítez no se hallan frases que intentan comparar su labor con heroísmos patrióticos ni adjetivos que juzgan los usos que registra. La parquedad del lenguaje empleado le pone del lado de los discursos objetivos y racionales de la ciencia moderna, de una ciencia que emplea para describir el otro lado de la moneda: el poder curativo que pudiera aprovecharse de las plantas. Podríamos decir que Benítez le habla a un lector urbanizado, letrado. Es un intelectual que le habla a otro de su misma condición.

Pompa, en cambio, valora su labor de registro botánico como una empresa de carácter patriótico y nacionalista¹⁵ y, aunque le apuesta igualmente a un lector urbanizado, su representación de lo popular, su construcción de lo otro, se exhibe como asiento y origen de la identidad nacional. Al contrario de Benítez, quien ve la medicina natural como una oportunidad para ensanchar el saber médico científico, Pompa, por su parte, destaca el conocimiento y empleo de lo propio natural como una forma de contención y contrapartida a la creciente presencia de la medicina química importada:

Además, yo he querido manifestar con este hecho la conveniencia de que despierte entre nosotros el espíritu de nacionalidad; porque para mí tengo que todo aquello que tienda a dar realce y gloria a la tierra que nos dio el ser, y que con orgullo podemos decir que hemos elevado del fango colonial a la cúspide del heroísmo, es propio de los que comprenden todo el mérito de la transformación: es digno de los que respiran el aire puro y balsámico de nuestra hermosa América (Pompa, p. vi).

El libro de Benítez recoge información de 105 plantas, organizadas a manera de diccionario según el nombre común de cada especie. Todas las entradas están conformadas por dos partes: una netamente de descripción botánica, con la

divulgó los conocimientos de la época sobre las epidemias, en especial el cólera, afirmando su carácter contagioso, contra la opinión generalizada que lo negaba. Sus conocimientos de botánica le permitieron el reconocimiento de árboles de quina en la cordillera de la Costa para el tratamiento de las fiebres palúdicas, en especial de la fiebre amarilla. Su obra principal es sobre etnobotánica, es decir, la aplicación de los conocimientos de botánica en el campo de la curación de las enfermedades y también, en el área de la utilización industrial de productos forestales como el caucho. Murió víctima del cólera» (‘José María Benítez’, *Diccionario de Historia de Venezuela*).

15. «[...] porque bien probado está que es más bien el patriotismo el resorte que me mueve en la materia» (Pompa, p. viii).

menCIÓN de su familia, género, características físicas, históricas y ubicación; la otra parte describe sus propiedades medicinales. Si tomamos algunas entradas del libro de Benítez y las comparamos con las de Pompa, encontraremos algo muy peculiar:

Comparación de recetas del libro de Benítez y el de Pompa

Principios para la materia médica del país en forma de diccionario (1844), de Benítez	Colección de medicamentos indígenas y sus aplicaciones (1851), de Pompa
CAPACHO. Fam. Amontas. Gen. Canna. Esta planta ama especialmente los lugares planos, y terrenos arcillososilíceos. Es formada de seis hasta doce tallos ó mas, derechos, tiernos, cubiertos con los peciolos de las hojas, y de altura de una á vara y media. Sus hojas parecidas al bananas, son alternas, ovalo-puntiagudas, verdes o moradas, según la especie. Sus flores en espiga, de un color encarnado vivo, salen alternativamente en lo alto del tallo, del sobaco de una escama espatácea. El fruto es una cápsula ovaliforme con tres costados, erizada de asperezas y que contiene varios granos redondos, negros, lustrosos y durísimos, de que hacen los pobres cuentas para sus rosarios, y los cazadores los emplean en lugar de municiones. La raíz de la especie mas usada es bulbo-tuberosa, carnuda, nudosa, y su parenquima de un blanco azulado, y de un sabor dulce. <i>Propiedades medicinales.</i> Del capacho se conocen tres especies, el llamado de monte, que es el que da los granos negros y duros de que he hablado en la descripción, y cuya raíz es mas bien fusiforme que tuberosa; y dos especies medicinales, llamada una blanca, y otra morada por el color de sus hojas, en las que los granos son abortados, casi microscópicos y estériles, y la raíz tuberosa y alimenticia. Se celebran estas dos especies como refrescantes y astringentes. Sus hojas se aplican sobre los dolores e irritaciones del hígado, y en los dolores de cabeza de insolación. El cocimiento de sus hojas o raíces se da en la blenorrea, flujos uterinos, para contener el aborto, y en forma de baños en las irritaciones internas y del cutis (pp. 22-23).	Capacho. La hoja del morado se usa para las irritaciones, especialmente las del hígado, con alguna grasa fresca; también se aplica para los dolores de cabeza. A falta del morado puede hacerse uso del blanco: estas dos especies se distinguen por el color de las hojas y flores: ambas son refrigerantes y astringentes. El cocimiento de la raíz y de las hojas, según lo expresa el señor Ldo. J. M. Benites en su obra titulada "Principios para la materia médica" se da en la blenorrea, flujo uterino, para contener el aborto, y en baños en las irritaciones internas y del cutis (p. 29).
CALAGUALA. Fam. Cryptogamias. Gen. Filix. Esta planta vegeta sobre las altas montañas, principalmente sobre las ramificaciones de los Andes, en lugares frescos y sombríos. Su altura de media vara, poco mas ó menos, sus hojas lanzeoladas y ásperas que ' nacen de la raíz con largos pedúnculos, y su raíz cilindroidea, escamosa, bermeja, cubierta de fibras largas, que se subdividen en fibrillas capilares, son las señales con que mas se distingue. <i>Propiedades medicinales.</i> El cocimiento de su raíz se usa como sudorífico en la sífilis, gota y reumatismo. En las hidropesías como diurético, en las flegmasías del pecho como vulnerario, y como descoagulante en las contusiones, golpes y caídas: regularmente lo mezclan con leche (p. 18).	Calahuala. El cocimiento de la raíz se toma en la sífilis, gota y reumatismo. Como diurético, se aplica en las hidropesías; y para las caídas, golpes y contusiones es una pócima muy celebrada y de la cual se hace mucho uso entre la gente pobre. Puede tomarse sola ó con leche, pero agregándole siempre un poco de sal. (p. 26).

YERBA DE CLAVO. Fam. de las Onagrarias. Gen. Jussicea. Esta yerba, cuya altura es de una vara poco mas o menos, habita en las vegas. Sus hojas son lanzeoladas, alternas, pecioladas, venosas, vellosas, y de tres pulgadas de largo. Sus flores axilares y terminales constan de un cáliz tubulado, profundamente dividido en cuatro partes, y con dos escamas o foliólas cerca de la base, cuatro hermosos pétalos amarillos en cruz, ocho estambres en forma de corona, asentados sobre el cáliz, y que termina por una especie de pico, un estilo y un estigma. Sus frutos son unas cápsulas piramidales, que contienen multitud de semillas pequeñas, y de color pardo.

Propiedades medicinales. Se dice que el cocimiento de esta planta es útil en la blenorrea, para hacer fluir los menstrosos, y que dispone á la concepción (p. 77).

Yerba de clavo. Se dice que el cocimiento de esta planta es útil en la blenorrea, para hacer fluir los menstrosos, y que dispone á la concepción (p. 129).

Lo primero que salta a la vista es la recurrente presencia del trabajo de Benítez en el libro de Pompa, se llegue a mencionar o no la fuente. Es un diálogo permanente entre uno y otro, al punto de encontrar oposiciones,¹⁶ pero las más de las veces glosas, paráfrasis y meras transcripciones de lo dicho por el médico venezolano. Sin embargo, el hipotexto Benítez no se transcribe íntegramente en el libro de Pompa. Al contrario, sufre algunos cambios retóricos, de contenido y de tema que apuntan a la búsqueda de un lector particular, distinto al lector ideal del libro de Benítez. Así, Pompa obvia la parte científica de Benítez, la señalada por la descripción botánica, y toma solo la referida a la de propiedades medicinales. Sin embargo, y como podemos ver en los ejemplos arriba mencionados, hay en Pompa un intento por traducir los nombres de las enfermedades y las terapéuticas a un lenguaje cotidiano, de uso común. Hacerlos más «legibles» al lector que perseguía su *Colección de medicamentos indígenas*.

Quizás no sea descabellado pensar que esta estrategia de Pompa de «traducir» el libro científico de Benítez a un discurso popular, haya tenido el éxito que tuvo precisamente por el intento de construir la representación del espacio rural y sus saberes, del *otro*, como una parte activa y positiva de lo letrado y la ciudad. Lo rural, leído desde Pompa, no se presenta como un espacio ajeno y de laboratorio, como el que mostró Benítez en su libro; ahora con Pompa la naturaleza y los sujetos rurales poseen razón y sentido.

Otra estrategia retórica empleada por Pompa es la de partir de la experiencia personal como argumento de validez del discurso. De esta manera, en las páginas de

16. «He copiado lo que ha escrito el señor Licenciado Benites refiriéndose á lo que dicen sobre esta planta; y como existen notables diferencias respecto de las noticias que yo también he recogido, las pondré a continuación tales como me han sido transmitidas» (Pompa, p. 102).

Colección de medicamentos indígenas encontramos varios relatos donde el mismo Pompa se presenta como sujeto de la experimentación y prueba viviente de la eficacia de los remedios:

En un pueblo de la Nueva Granada padecía yo un día (en 1814)¹⁷ un fuerte y desesperado dolor de muelas; y la patrona de mi alojamiento, que era una india, se apareció a mi cuarto con el designio de curarme con las hojas de tártago que, según me dijo, pensaba ponerme en la cerviz y espalda. Me reí en medio del dolor y rechacé el medicamento como inútil, diciendo á la buena mujer que lo que me dolía era una muela; pero habiendo ella insistido, asegurándome el éxito, consentí por pura atención: tomó entonces sus hojas que serían tres como de regular tamaño, y habiendo hecho a cada una de ellas una cruz en el punto en que había sido cortado el tallo o peciolo, me las colocó en el lugar indicado; púseme la camisa y luego la chaqueta de paño por exigencia de la curandera, y habiéndome echado en la cama, me dormí prontamente, permaneciendo así unas cuantas horas, al cabo de las cuales desperté ya sin el dolor: las hojas, extraordinariamente sudadas, fueron reemplazadas por pura precaución, y yo al encontrarme curado de tan raro modo y con tanta facilidad, me sentí avergonzado de haber pretendido saber más que una gente, cuyo hábil y benéfico instinto médico parece guiado por la poderosa mano de la naturaleza (Pompa, p. 118).

Este relato, que anticipa los venideros discursos publicitarios testimoniales de finales del XIX y principios del XX, nos sirve para confirmar la idea del sistema de salud en *Colección de medicamentos indígenas* y sus discursos constituyentes. Ese «instinto médico guiado por la poderosa mano de la naturaleza» es el argumento principal que da sustento a todo el libro, el del médico tradicional, combinando los brebajes y pocimas con el uso de amuletos, lo que lo acerca también a la visión popular o mágica religiosa de la salud. Aunque Pompa se ve a sí mismo como parte de la tradición científica de la etnobotánica, el discurso científico, que sí se destaca en Benítez y en Vargas, se aligera en Pompa, al punto de ser mera referencia sin valor ni práctica.

¿Cuál es la fuente de ese saber popular que Pompa deseaba preservar y difundir? ¿Es la palabra «indígenas», puesta en el título de su libro, la referencia a un sector particular de la sociedad que remite solo a las antiguas comunidades originarias? No es así del todo. No se trata de una colección de un saber botánico perteneciente solo a las culturas aborígenes: Pompa señala en el prólogo como informantes de los medicamentos y sus efectos tanto a indígenas como a labradores, a ancianos (cada uno con sus adjetivos calificativos respectivos):

17. En las ediciones consultadas del libro de Pompa, tanto del siglo XIX como del XX, se repite esta fecha de 1814. Para ese momento, y según lo afirmado en el *Diccionario de Historia de Venezuela*, de la Fundación Polar, Pompa debía contar con cuatro años de edad, lo que hace inverosímil el relato, o suponemos se trata de un error de imprenta.

No he hecho otra cosa que traer a los tipos un resumen de todo cuanto he podido recoger de los labios del labrador inocente, del indígena curandero, del anciano experimentado, sin considerarme autorizado para omitir lo que me pareciera increíble ni lo que yo graduara por una mera ficción (Pompa, p. VII).

Lo indígena, en este contexto, debe entenderse entonces como el sujeto relativo a lo rural o popular. Sería interesante entender que, con Pompa, lo «indígena» comienza adquirir cierto valor cultural, pero más como «prestigio», y para ello debe desracializarse su significado. Es decir, no se está pensando lo indígena como sujeto social, sino como algo simbólico que se ha incorporado a la nación, previa «purificación» o destilación de sus aspectos raciales. Así, esta labor de Pompa de recuperar y dar forma, sentido y orden al saber del pueblo (al *folklore*), lo inserta en la tradición de los folcloristas venezolanos de la segunda mitad del siglo XIX y su labor de refundar el origen para adaptarlo a las nuevas ideas de nación que en aquel entonces se construyen.

De esta forma, *Colección de medicamentos indígenas*, de Gerónimo Pompa, puede leerse además como inicio de esa transcodificación de lo popular, operación guiada por la «recolección» y el «archivo»:

Estas son las claves de la actividad social que les tocó cumplir a los folcloristas en la construcción del imaginario nacional, cuota de participación sintetizada en las palabras *recolección* y *archivo*. La primera forma parte de las excursiones al campo o a los márgenes urbanos en búsqueda de aquello que se creía estaba a punto de desaparecer, mientras la segunda, en la exposición de los criterios taxonómicos, ordena esos materiales-mercancías en el museo escriturario para deleite de lectores modernos. La constitución del folclore en disciplina científica coincide con la conversión y entrada de lo tradicional en el mundo moderno (Contreras, p. 17).

Debemos entender por «transcodificación» a la práctica de representación de sujetos y valores que pertenecen a culturas distintas a la del enunciador. Entendida a la manera de traducción, según la teoría de los polisistemas, la transcodificación se asume como el contacto entre discursos en los cuales no existe una relación de igualdad entre el representador y el representado:

[...] la compleja red de relaciones creadas por la superposición de discursos políticos, económicos, científicos, artísticos literarios u otros conduce a una perfecta simbiosis entre dos prácticas discursivas cualquiera que difícilmente parecen algo más que una construcción ideal. El carácter desigual de las relaciones discursivas, esto es, el hecho de que la construcción de la identidad esté ligada a relaciones desiguales de poder, supone que puede ser considerada ideológica: al establecer su identidad, una práctica discursiva construye, reproduce o subvierte intereses sociales y relaciones de poder (Robyns, p. 282).

Estos desniveles de la cultura letrada y popular que se imbrican en el discurso de la identidad de la Venezuela de la segunda mitad del siglo XIX, tendrán el impulso de trabajos como los de Arístides Rojas, Teófilo Rodríguez, Adolfo Ernst y Tulio Febres Cordero, entre muchos otros, con estudios y recopilaciones sobre tradiciones, literatura popular y lenguas y literaturas indígenas, donde se intenta recuperar lo popular y reinsertarlo en la idea de nación venezolana. Visto así, el trabajo emprendido por estos folcloristas o transcodificadores tuvo por objetivo reorganizar el mapa de la representación de lo popular, ofreciendo nuevas lecturas de lo social y ensanchando la cuota de participación de la nación.

Eso es lo que encontramos en Pompa, y ese trayecto de su construcción del conocimiento, que va «de los labios a los tipos», de la oralidad a la escritura, esa transcodificación de lo popular que mencionó en el prólogo y que hizo realidad en su colección de medicamentos, fue una práctica que desde mediados del siglo XIX tuvo cada vez más seguidores, contribuyendo al saber y apropiación de las culturas *otras*.

Referencias

- Academia Venezolana de la Lengua. *Manuel Vicente Romero García*. 1966.
- Alcibíades, Mirla. *La heroica aventura de construir una república: Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865)*. Monte Ávila Editores / CELARG, 2004.
- Archila, Ricardo. *Historia de la medicina en Venezuela: Época colonial*. República de Venezuela, Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, 1961.
- Archila, Ricardo. *Historia de la sanidad en Venezuela*. Tomo 1, Imprenta Nacional, 1956.
- Benítez, José María. *Principios para la materia médica del país en forma de diccionario*. Caracas, Imprenta de Valentín Espinal, 1844.
- Carreño, Manuel Antonio. *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos*. Lima, Librería Universal, 1869.
- Clarac de Briceño, Jacqueline. *La enfermedad como lenguaje en Venezuela*. Fundación El Perro y la Rana / La Castalia, 2011.
- Contreras, Álvaro. *La barbarie amable*. Mérida, Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2004.
- Ernst, Adolfo. «Para el cancionero popular de Venezuela.» 1893. *Obras completas*, t. 6, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1987.
- Febres Cordero, Tulio. *Cantares populares*. 1889. Mérida (Venezuela), Biblioteca Febres Cordero, 2005.

- Fonseca, Amílcar. "Leyendas trujillanas." *Orígenes trujillanos*, Tipografía Garrido, 1955.
- "Gerónimo Pompa." *Diccionario de historia de Venezuela*. Fundación Polar, 1997, <https://bibliofep.fundacionempresaspolar.org/dhv/entradas/p/pompa-geronimo/>.
- "José María Benítez." *Diccionario de historia de Venezuela*. Fundación Polar, 1997, <https://bibliofep.fundacionempresaspolar.org/dhv/entradas/b/benitez-jose-maria/>.
- Navarrete, Fray Juan Antonio. *Arca de letras y teatro universal*. 1813, Tomo 1, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1993.
- "Píldoras antibiliosas sanativas (De Sturup y Heyde)". *Correo de Caracas*, 16 abr. 1853, p. 1.
- Pino Iturrieta, Elías. *País archipiélago: Venezuela, 1830-1858*. Fundación Bigott, 2001.
- Pino Iturrieta, Elías, e Inés Quintero Montiel. *El arte de curar: La farmacia antes de la farmacia*. Farmatodo, 2011.
- Pompa, Gerónimo. *Colección de medicamentos indígenas y sus aplicaciones, extraídos de los reinos vegetal, animal y mineral, recogidos y anotados por Jerónimo Pompa*. 5.ª ed., Caracas, Rojas Hermanos, 1875.
- Robyns, Clem. "Traducción e identidad discursiva." *Teoría de los polisistemas*, por Milan V. Dimic y otros, Arco, 1999, pp. 281-309.
- Rodríguez, Teófilo. *Tradiciones populares: Colección de crónicas y leyendas nacionales narradas por varios escritores patrios*. Caracas, Imprenta Editorial, 1885.
- Rojas, Arístides. "El cancionero popular de Venezuela." *El Cojo Ilustrado* (Caracas), 15 mar. 1893, pp. 100-102.
- Rojas, Arístides. *Estudios indígenas: Contribución a la historia antigua de Venezuela*. Caracas, Imprenta Nacional, 1878.
- Rojas Ajmad, Diego. "La vida traspapelada de Tomás Antero." *Prodavinci*, 02 oct. 2021, <http://prodavinci.com/la-vida-traspapelada-de-tomas-antero/>.